

EL OCEJÓN

UNA TIERRA DESPRECIADA

EL Ocejón, en el Noroeste de la provincia de Guadalajara, es un mogote solitario, de unos 2.000 metros de altitud, del cual arrancan, más bajas, unas cuantas sierras secundarias. Su pariente más cercano, al Este, es el espolón del Alto Rey, mientras que al Oeste y al Noroeste se configuran, respectivamente, ya más distantes, la Somosierra y los montes de Ayllón. Las sierras que del Ocejón arrancan se intrincan en valles y vaguadas de rumbos diversos.

En lo hondo discurren arroyos cristalinos, el suelo es por lo común pizarroso, durante kilómetros y más kilómetros sólo medra, muy espesa, la adusta jarabestepa. De cuando en cuando, alguna encina, familias mal avenidas de robles, ligeros corros de fresnos. Desde los collados se suceden las lejanías, el silencio; el aire es transparente sobre manera. Tiene el paisaje una belleza agreste, un acorde no precisamente agrio, mas sí con seguridad hurano. La desolación que de él se levanta más que de yermo parece de cosa olvidada.

Tomando como eje el Ocejón, una serie de zonas pueden considerarse en su torno, divergentes al modo de las varillas de un abanico que desde el Nordeste y buscando el rumbo Sur se fuese desplegando casi con justeza hasta el Oeste. Estas zonas no están necesariamente comunicadas entre sí. La comarca se encuentra a menos de 100 kilómetros de Madrid en línea recta. Por carretera u otros medios, a contar también desde la capital de España, punto desde el cual han partido siempre todas las medidas y distancias, la separación es de siglos. O, por mejor decir, de eternidades. Porque, de esto se trata, el Ocejón es el eje de un trozo de España despreciada.

Desde Guadalajara misma, lo único que amengua un poco es la línea recta. Se da el caso notable de que el viajero que estando en la capital de la provincia desee llegar a la varilla Oeste del abanico mentado, ha de salirse para tierras de Madrid y entrar luego nuevamente en las de Guadalajara, describiendo como un signo que se parece un poco al de interrogación. Pero se echa de ver en seguida, mirando a la gente y a las cosas, que entre Madrid y Guadalajara no ha existido nunca la menor competencia para ac-

ceder a la tutela de ningún lugar de toda la comarca. A lo mejor es una tierra sobrante.

Vamos a viajar ahora por una cualquiera de sus zonas: la que, apuntando hacia Cogolludo, ofrece una vía de penetración entre los ríos Sorbe y Bornoba.

Aparte del lector, somos dos los viajeros. Y en un viejo «seiscientos» metemos un álbum de dibujo y una cámara fotográfica.

Veguillas es todavía un pueblo con carretera y con tres o cuatro bombillas que encenderán por las noches. Así como Semillas es aún un pueblo con algunos niños. En este último nos detenemos lo suficiente para mirar a las techumbres y escuchar a un hombre de ojos oblicuos. Hemos entrado ya por una trocha. El hombre dice que muy apurado tendrá él que verse para vender su casa y su tierra. Las techumbres tienen una belleza especial, primitiva: lajas

irregulares de pizarra sin desbastar, sujetas con pedruscos. Hay también un olmo gigantesco y un cochino abierto en canal colgado de una viga. Las ventanas más parecen troneras. Huele a lumbre de carrasca.

La carretera se emprendió en 1928, en tiempos de Primo de Rivera. En el espacio se prolonga hasta unos kilómetros al Norte de Semillas, sin tocar al pueblo para nada; mientras que en el tiempo se arrastra perezosamente hasta 1956. En ese año y mojó la carretera se para definitivamente a meditar, quizá aburrida de su propia historia. Cierta que hay caminos de herradura, y trochas que resisten bien las ruedas cuando el barro o la nieve no exceden de un determinado espesor. Cierta también que en este momento hay ya pistas para la repoblación forestal, dado que cada pinito es un dato económico, una

vida con fuste digna de ser tenida en cuenta.

En una encrucijada con dos trochas, funcionarios celosos han clavado un «stop» enorme, muy nuevo y reflectante. Talmente parece un espejismo en medio de este desierto. O un cartel de humor negro. Escuchamos tan sólo el motor de un avión que cruza el cielo. Debemos decir en seguida que esta carretera, al cabo de los tiempos, va a ser reanudada prontamente. Hombres añejos y grises, al parecer no datos económicos ni vidas con fuste, han ido muriendo sin pisarla o rodarla; de estos pueblos sólo quedarán las piedras en el corto plazo de un año. Pero un poco después, la carretera será un hecho incontestable hasta Galve de Sorbe, al otro lado de la sierra del Alto Rey.

En Las Cabezas quedan dos vecinos, según nos han contado

La Huerce es el único pueblo del mundo sin luz, con un tendido eléctrico gigantesco a diez metros de las casas.





PEDRO F. COCERO

en Semillas. Un poco en lo hondo, ya desde muy lejos, divisamos las casas, rotas algunas. La aldea está en medio de una extensa meseta, recostada en la solana de unos prados. En la distancia, cabrillea al Sol el magnífico chorro de la fuente: dos bultos oscuros se mueven contra una pared. Los bultos no tardan en hacerse hombres y luego cabezas de familia de un censo ya perdido. Se presentan como Aquilino y Mariano. Este es soltero y el otro casado. Este vive con su madre, aquél con su mujer y sus dos hijas.

—¿Dónde están todas?

—Han ido a comprar a Arroyo de las Fraguas.

Un brazo señala para mucho más allá de aquellos campos de breza, inundados de luz. En varias direcciones, surcos y más surcos de la repoblación forestal. En ella trabajan ambos hombres durante nueve horas diarias con un jornal de 250 pesetas. Cuando al clima se le antoja, Aquilino y Mariano no trabajan, no cobran. Hay razas siempre emparentadas ganglionariamente con la Natu-

raleza que las rodea, siempre al margen de lo administrativo. Salvo para lo que al ente administrativo conviene. Las casas mismas han sido compradas por el Patrimonio Forestal, y los dos hombres se muestran muy agradecidos de que aún se les permita vivir bajo esos dos techos de lajas de pizarra que antes fueron suyos. Todas son de piedras sin pulir, de tonos encendidos. Por algunos hastiales trepa frondosa la hiedra hasta las vetas coloreadas de estas curiosas techumbres. Existen rincones casi nórdicos. Nos ponemos a sacar algunos dibujos antes de que sea demasiado tarde, antes de que el actual dueño meta de lleno sus máquinas para arrasarlo todo.

—Las paredes hacen sentimiento —dice Aquilino.

Se refiere a las resquebrajadas de la iglesia; su manera de decir parece meramente descriptiva. Mariano se entra por su portón y sale con un porrón en la mano. Bebemos. Es día de Reyes, las mujeres han ido a una remota tienda, todo el vecindario de

Las Cabezadas remueve su diálogo al Sol. El acento de las palabras es de ansia impotente por el suelo, de enfado estricto contra esos poderes fabulosos que acaban por arrancar la raíz de todo lo que ha sido desde siempre. Aquilino nos dice que él y los suyos se irán no tardando para las capitales. La cara de Mariano se pone de pronto con resquebrajadas, como la iglesia.

—¿Y usted?

—Yo... no quiero marcharme por nada del mundo, pero si éste se va tendré que irme. Un hombre solo ya no forma sociedad.

En el pretil de la fuente alguien ha colocado con esmero un trozo de jabón y una calabaza. Muy calladas esas dos insignificancias, y a la vez habladoras de no sé qué. Tal vez han sido ya expropiadas también por el ente administrativo.

Cuando un expediente llega a engullir una calabaza, muchas cosas van pegadas a ella.

Si Las Cabezadas es el enfado, La Nava es la congoja. O también: aquél la pugna y éste el re-

celo. Se llega al pueblo después de cruzar algún hato de cabras y unos carteles con un emblema muy fino en los que pone: «Coto social de caza». El cartel es de un modelo tan aparente, que a uno le entran ganas en seguida de comprarse una escopeta de precio y hacerse señor social. Los servicios sociales del pueblo consisten en un candil moribundo de aceite por vecino, una trocha pedregosa y un médico a una distancia-itinerario que requiere explicación aparte. El paisaje tiene una mansedumbre extraña, un atardecer helado y espléndido. Se pinta un resplandor naranja tras el Ocejón nevado. Del riachuelo suben casi estremecimientos.

Los vecinos que quedan pueden contarse por las lumbres: siete humos azules de siete cocinas miserables. Las chimeneas son achatados mogotes de pizarra. Huele a la carrasca, a cabra y quizá a berza de dos o tres huertas.

Lo primera que encontramos es una vieja vestida en el último grado del pardo; es un color fascinante, procedente del negro a través de lluvias y sombras especiales, y que empieza a evolucionar hacia una gama contraria, acaso el rojo tierra. Como vea que queremos asomar la cara a su zaguán, se apresura a cerrar el portón con una llave enorme y se hace a un lado en la corraliza de entrada, mirándonos como a gente de la ciudad, o sea, como a depredadores. Su miedo es definitivo, como su llavón. Luego nos enteramos de que La Nava cuenta entre sus particularidades la de ser robado cuando menos se piensa. Por las Navidades llegaron unos tratantes fingiendo espantarse por el precio de los cabritos. Esa misma noche fueron sacrificados veintitantos de ellos en el mismo redil y transportados de algún modo con rumbo desconocido. La sangre se había coagulado ya sobre la greda. Los ladrones, ni fueron buscados, ya que no se trataba de una joyería. Un pueblo que no tiene luz, ni cura, ni maestra, ni carretera, ni casi médico, ¿qué derecho tiene a cobrar sus cabritos por Navidad?

En cuanto al derecho a cobrar del médico se ha ejercido hoy mismo, por manos del jefe de la Hermandad: una iguala de cien pesetas mensuales por familia. Setecientas pesetas parecerían una cifra simbólica, si no fuera porque el médico mismo es más bien un símbolo. O una alegoría, que de esto no estamos seguros.

—¿Cómo hay que hacer para buscarlo?

—Un hombre de buenas piernas tarda unas dos horas en llegar al teléfono más próximo, en Zarzuela o Bustares. Si hay nieve, es mejor que vayan dos hom-

EL OCEJON

bres, no sea que uno solo se quede atascado.

—¿Y luego?

—Sin nevadas, él tiene hasta aquí treinta kilómetros. Con nevadas, casi ochenta.

Se han escrito bonitas novelas sobre médicos a lomo de mulos, envueltos en mantas de cuadros, atravesando ventiscas. Está aún por escribir, que nosotros separamos, la novela del médico alegría.

—¿Cuántas veces viene?

—Dos o tres al año.

Es el de Galve de Sorbe, adonde un día llegará la carretera. Naturalmente, quedaría más cerca el de Valverde de los Arroyos. Ahora bien, el reparto proporcional de iguales es ajeno a la topografía. Y en último término, ¿qué más da, si todo es cuestión de aritmética y de símbolos? Es decir: de ciencia pura.

Dos gallos escarlata se meten en un gallinero por una calleja en cuesta donde las puertas tienen viseras de cinc. Hay rumor de agua sobre los cantos. Nos han dicho que existe una taberna, y hacia ella vamos, bajando una calleja-arroyo. Son las últimas luces de la tarde. Las sierras más bajas se han puesto sombrías.

La taberna es una casucha como las otras, en la cocina. Entramos, casi ciegos, en una sombra, y en seguida se hace una palidez de yeso y acertamos a ver un bulto negro que se incorpora del suelo como un animal. La dueña entra tras de nosotros y aviva a soplidos de boca las delgadas brasas. Y ahora enciende un mortecino candil. Con unos y otros visajes vamos percatándonos del sitio. El bulto resulta ser una anciana que aguantaba el frío acurrucada en el piso de tierra. Estamos en una pieza como de tres metros cuadrados, con un banquito desvincado, dos sillas bajas desaparejadas a un poyo de cal y canto adosado a la pared; todo ello en torno del lar. En un nicho, dos pucheros tiznados. La dueña es una mujer de unos sesenta años, de palabras como trallazos, delgada como una vara, y de una vara parecen también sus rápidos movimientos. Se dispone a hacernos café, coloca entre nosotros y la ceniza una mesuca con hule. Entra un hombre con pasamontañas que se llama Jerónimo. Ya no hay sitio para más. La anciana, sentada en el poyo, orienta sus pies y manos hacia las llamas, indiferente al resto del mundo.

—¿Cuántos años?

—Noventa y cuatro —dice su nuera.

Es un silencio atroz, y sin embargo, está viva y quizá pensante. Jerónimo es el cartero, que viene de kilómetros, por sierras, brezos y repoblaciones. Bebe cerveza a morro, y durante toda la botella anda tomándole a mi amigo por

un tal Pozo, sin que sea posible sacarlo de su error. El café sabe exactamente a La Nava, a la presencia de perfil de la anciana.

—Ustedes vienen «pa» un momento —dice la dueña— y en seguida se tienen que «dir». Vienen a reirse de nosotros. Los curas, igual, no han parado. Ni los maestros. Pero pronto nos vamos a acabar, «pa» que ustedes no se rían.

Por el portón abierto entra un frío lacerante, que viene derecho desde la Sierra Cabrera; mas es preciso mantenerlo así, ya que en otro caso la lumbre no ardería. La mujer como una vara hervirá siempre unos granos de café para todo el que venga a reirse de ella. Hay una ristra de morcillas escuálidas y negras en un rincón de la tiniebla del techo. ¡La anciana, sus palmas fatalistas adelantadas

bre más ardiente. Hay un niño, de nombre Santiago. De algún sitio, ella saca dos sillas de preferencia. A poco viene Teodoro Delgado, su marido, que estaba a cerrar las cabras. Es un hombre grave, de jersey azul con cremallera. Su manera de decir revela algunos saberes. Puede poner inyecciones y acudir a otros menesteres como de practicante, ya que el asunto del médico es la misma alegoría y ubicación que para La Nava. Nos ofrece de cenar y cobijo para toda la noche. Anastasia, su mujer, empieza a freír morcillas sobre las trébedes. Santiago mira de hito en hito a estos dos tipos que no vienen a vender, ni a robar, ni a cobrar las contribuciones.

Teodoro hace venir al teniente de alcalde. Las cuatro personas nos miran cenar, y sólo acceden

bonitos unos con otros. Creemos que si los arquitectos se inspirasen algo más en lo popular, como los grandes músicos, las ciudades no resultarían tan absurdamente feas.

Por fuerza, eso ha caído en desuso, ya que los albañiles de los otros, o sea, los vecinos, están desapareciendo. Catorce quedan. Y la mayoría habrá emigrado de aquí después de la venidera cosecha. O, por mejor decir, eso caerá en la nada, dado que las casas se hundirán. Mientras tanto, estos hombres tienen hipotecado su trabajo y el de sus hijos colocados fuera para irse comprando a duras penas —de bolsillo y de alma— un piso en Alcobendas o por ahí. Como esos pisos están siendo dibujados a tanto la raya por inmobiliarias innominadas, me parece que sus habitaciones embutidas han de gustarles menos que estas casas hechas de idea propia y mancomún. En algún caso, los ahorros de toda una vida, o lo que es igual, toda una vida, ha sido invertida en un pisito en Vicálvaro. Y ellos están aprendiendo a ejercer de porteros —«empleados de fincas urbanas», como ahora se dice redichamente—, oficio que nunca se ha sabido por los espacios sin puertas del Ocejón.

Teodoro Delgado ha recibido una carta. Es de un ingeniero de Obras Públicas, quien felicita al alcalde por la pronta reanudación de la carretera, la que un día llegará, menos mal, a Galve de Sorbe. Para entonces, todos estos hombres estarán ya muertos, bien en el cementerio o en Alcobendas. No salimos de nuestro asombro. Las felicitaciones de los ingenieros son cosa de ver.

Pero la de estos pueblos no puede decirse que sea gente olvidada, eso no. Los servicios serán lo que hayan sido, mas una cosa ha funcionado siempre con una precisión periódica y cuantitativa admirable, por más que sea enigmática: la contribución. He aquí un ejemplo, entre otros. Para Arroyo de las Fraguas, el impuesto sobre comunales, cuando el pueblo contaba con todo su censo, era de seis mil pesetas anuales. En el último año fiscal, cuando ha disminuido enormemente la producción y las reses, y el número de vecinos se reduce a catorce, el impuesto sobre comunales se alza bruscamente a veinticinco mil pesetas. Índice de progreso, aritmética, símbolo. Ciencia pura.

Hay historias de maestras que sería prolijo desmenuzar. Cuando una se queda durante más de un curso, es un hallazgo inconmensurable. Este es el caso de ahora, por fortuna. Y además, enseña; no siente la murria del destierro, resuelta tantas veces en inacción, escapadas frecuentes y neuraste-



La Nava huele a carrasca, a cabra y, quizá, a berza de dos o tres huertas.

hacia la lumbre exigua y las pavesas!

Queda inmutable, por siempre jamás de perfil. Los otros nos dicen adiós. Por la calleja-arroyo, en la noche ya, nos apoyamos en el haz de nuestra linterna. Las estrellas están yertas de frío. Otro candil parpadea por una ventanuca. Pensada desde aquí, Madrid nos parece, con sus ríos de luces 1972-73 Navidad coloreada, una «Villa-Lumière» de verbena, mayormente algo paleta.

Y Arroyo de las Fraguas es el aplomo. Sus casas son un poco más altas, sus candelices quizá un poco más lucientes. Su recelo, mucho más breve y discreto. La mujer del alcalde nos estudia y nos pregunta, valiente como un huso. A lo último dice:

—Pasen, si son honrados.

La cocina es más ancha, la lum-

a compartir la mesuca con hule después de ser instadas un número muy crecido de veces. Luego bebemos leche de cabra. Afuera, la helada debe ser mayúscula. Luego, hablamos. Los lugares y los aprietos de la comarca se acercan y se desvanecen en los informes escuetos de los hombres, y bailan estatura entre la lengua del candil y las apostillas de la mujer. En los ojos del niño, los asuntos quedan extáticos, enormizados camino atrás de las generaciones.

En Arroyo de las Fraguas nunca se ha pagado una perra por un albañil. Cuando alguien ha querido construir una casa, todos los hombres del pueblo han acudido en masa a ayudarlo. Cada albañilería ha sido una fiesta, una gran rapidez. El pueblo tiene así un, digamos, urbanismo de rincones



En Las Cabezas quedan dos vecinos.

nias vueltas del revés contra los niños.

A través de un sueño bajo vigas nudosas, entre sábanas que huelen a río y aliaga, la hospitalidad de Teodoro y Anastasia se prolonga hasta el café ardoroso del desayuno. Colgada del garfio tiznado del llar hay una marmita gigantesca donde hierven berzas para los puercos.

La mañana es azul, blanca de escarcha en los caminos y en las techumbres de pizarra. El esmalte de «Coto social de caza» brilla en algunos puntos, a la entrada de los desiertos de jara. Entramos a poco en una peligrosa pista que hace trenzas por el paisaje, y sube y baja, y cada uno de cuyos collados es un mirador de muy dilatado mirar. Rodamos sobre piedras, algunas placas de hielo, y arroyos anchos y someros, sin puente, que descienden a desembocar en el Sorbe.

A la izquierda, muy próximo, el Ocejón. Es una montaña severa. Pero su textura invernal, al Sol, dista mucho de ser monótona. Ahora nos muestra todos sus detalles: las secciones intermedias abundan en terrazas rocosas, entre las cuales hoy pozos de nieve sin duda profundos. Está blanca casi por completo, desde los tramos inferiores hasta la caperuza última.

Y así llegamos a Umbralejo, tumbado un poco bajo la pista. Nadie. Ningún roce ni voz ni nada. El agua que mana de una fuente copiosa se ha helado sobre la hierba, haciendo una costra extensa y brillante. Más allá hay un escaño y otros dos o tres enseres, con el aire de cosas que esperan algo a la intemperie. Tal vez a un anticuario que no llega. El pueblo es sólo la luz de enero. Nos quedamos inmóviles, no nos atrevemos a quebrar este ritmo, que es sólo visual. Transcurren los minutos. Y, sin embargo, sabemos que aquí hay ocho per-

sonas, distribuidas en cuatro matrimonios viejos. De repente, unos al otro extremo del pueblo. También ha volado un pájaro, gritando quedamente. Es igual, este ritmo a que ha llegado Umbralejo ya no se quiebra por nada. Es un lugar casi encantado.

El Ocejón se asoma a todas las calles; por algunas parece que crece. Las calles bajan, todas las calles bajan. Pero no son paralelas, ni divergentes, ni ninguna palabra así. Lo mejor sería apuntarlas con dibujos, no hay otra manera. Las casas están cerradas, o más bien muy cerradas. Muchas tienen ante la puerta espacios empedrados, con cercas también de piedras en torno; no hay dos en la misma disposición. Todo está muy pulcro. También hay hastias con hiedra. Baja un hombre por ahí, con una artesa al hombro. Cada empedrado es una intimidad cuadrada de Sol y olvido. Nos gustaría vivir en ésa y en esa otra. El hombre resbala con sus abarcas sobre los guijarros escarchados, sin llegar a caerse, y dice: «Buenos días» sin llegar a tener ganas para más. Al fondo hay árboles desnudos. Sólo vemos dos humos azules, sin localizar su arranque entre las casas. Al hombre y a la artesa se los ha tragado el pueblo. Muy bien pudiera ser sólo un fantasma, el trasunto de la matanza de otros años.

Al atrio de la iglesia se entra por un arco, en una calle imprevista; es la decoración mismamente para una pieza de teatro de ambiente medieval. Por una escalinata de losas desiguales se sube ante una puerta vieja, cerrada con candado. A la derecha está el buzón de Correos y en la puerta han clavado con chinchetas un papel de gabinete sobre conservación de la Naturaleza. La redacción parece de ingeniero de Montes.

La pista, trocha o lo que esto fuere, se hace más y más peli-

grosa. Hay ya barro batido por el Sol del mediodía. Nos preguntamos cómo será posible avanzar por aquí con lluvias o nieves. Vamos, siempre en ondas, con rumbo dominante Norte, teniendo el Nordeste la sierra del Alto Rey y a la izquierda los derrumbes. Y entre tumbo y jadeo del coche, casi siempre en primera velocidad, hablamos:

—¿De qué han vivido, pues?

—Duros labrantíos, huertas pequeñas. Y sus ganados.

—Sí, el forraje. Pero en algunos sitios parece casi mentira. Como si hubieran vivido de la pureza del agua y del aire.

—Precisamente, una tierra flagelada. Han subsistido, no obstante.

—Ignorados.

—Y desaparecen antes de ser conocidos. Algo muy ibérico, eso. Descendemos hacia el arroyo Valahuerce. Pero subiremos luego, teniendo como línea de mira el cerro áspero del Picurucho.

—¿Derecho, dices?

—Sí, ¿con qué derecho se los borra, sin antes haberlos sabido? A la derecha, la loma de ballena del Reventón. Muy abajo, a la izquierda, tainas abandonadas, ya sin balidos. Pensamos en las cabras, ese animal montuno denigrado por los economistas.

—Tiene que haber historias. Incluso incestos.

—Sí. La culpa es de la carretera. Y de todos los otros rechazos.

Pero la cabra es un animal con mucho misterio, agilidad y transmundo. La carretera de 1928 tiene una entidad de papel por algún rumbo de estos parajes.

He ahí La Huerce, al otro lado de una barrancada. Las casas se agrupan entre sí, tiene el lugar una fotogenia y un aire remotos. La Huerce es el único pueblo del mundo sin luz con un tendido eléctrico gigantesco a diez metros de las casas. Los dobles postes

parecen ir a chocar contra ellas, pero no chocan por cuestión de rectitud, y se alejan sierra arriba, impertérritos. Si hay cables y postes capaces del escarmio, son éstos, sin duda. A los de La Huerce, como luego apreciamos, se les debe dar una higa de todo esto, dado su aire de tranquila felicidad.

—¿Será que el progreso se está dando ya de hocicos contra tanto poste y tanta gaita?

—No sé. Pero en muchos sectores, la sociedad industrial ya se ha puesto a sí misma los cuernos.

Diríase que la trocha se aleja definitivamente de La Huerce. Pero no, luego volverá para entrar a las casas por donde pueda. Mientras tanto, las personas pertenecientes a las once familias que allí viven salen de Misa y se mantienen inmóviles bajo el porche de la iglesia, en observación de ese coche que viene con trabajo por las lomas. Cuando llegamos, veinte minutos más tarde, ya están alerta para quedarse a mirarnos. Las pizarras son aún más ricas de color y formas que las de otros pueblos. O es que el Sol de domingo está en el cenit. El Ocejón, ya más distante, no deja de empinarse sobre las chatas chimeneas. Hay pasadizos en contraluz, de calle a calle. Hay paredes convexas que deben de ser hornos para el pan.

Hay hasta dos balcones. Y, cosa increíble, un cablecito con teléfono. Por lo efectivo, este cable parece hijo del pueblo. Hijo del pueblo es también el cura, un muchacho con jersey y barba florida. Pero está aquí de vacaciones de Pascua, estudia inglés en Inglaterra y más tarde se irá al Sudán.

Una mujer lava a la puerta. Un anciano nos dice que en este pueblo, el año pasado había cuatro veces más de personal. Un hombre convaleciente ha colgado su colchón al Sol del balcón para que se le aireen las fiebres. Otro hombre afirma que aquí no falta nada de nada, ya que un vendedor ambulante viene de vez en cuando. Y otro, coreado por dos mujeres rientes, informa que «a los que quedamos las capitales nos importan un carajo». Les pedimos permiso para hacerles una foto, y aunque no podemos evitar que se pongan en hilera, es como si esa hilera nos fusilase a la máquina con sus sornas. Por último, la mujer con mantón largo de flecos propone a los otros una partida de cartas, y se van todos en columna de a uno, sin hacernos ya el menor caso.

Desde la loma de enfrente, quince minutos después, vemos que el cura se ha puesto a jugar al fútbol con un niño en la explanada que hay delante de la iglesia. ■ P. F. C.